

joven general Marceau, ganaba la batalla del Maus, donde se enterró á la Vendée.

Cinco mil hombres se rindieron de Saumur y entregaron las armas. Pero los que permanecían en los reductos exteriores no se rindieron. En vano los atacó Stofflet con veinte piezas de artillería.

La carretera de París quedaba abierta: ¿Quién impedía que se remontaran hacia el Loira enseñando la bandera blanca al centro? Henri de Larochejacquelin pidió que se llegara al menos hasta Tours.

La caballería de los vendeanos era muy pobre y estaba muy desorganizada. Si hubiera sido de otro modo nadie hubiera impedido que mil hombres bien montados hubieran atravesado París.

Pero no había que soñar en que los vendeanos pasaran adelante. Ya había hecho el campesino un esfuerzo prodigioso permaneciendo bajo de la bandera tanto tiempo. Partidos (por segunda vez) el 9 de Abril, apenas habían visto sus hogares al pasar por Saumur y Fontenay. Muchos el 9 de Junio, hacia ya dos años que se encontraban ausentes de sus casas. Las costumbres de los vendeanos son tales como muy bien ha observado Bourniseau que «cuando se trató de tomar París, por grave que hubiese sido el problema que se hubiese planteado ante ellos nadie hubiera impedido que fueran á sus casas á ver á sus mujeres y ponerse una camisa blanca.» Cathelineau lo sabía perfectamente y se contentó con Augers, pero los jefes generalmente querían tomar la dirección del mar.

Lescure quería marchar hacia la izquierda y tomar Niort y La Rochela. Bonchamps quería marchar hacia la derecha, extendiendo la *chotuanerie* (bandolerismo) que ya había comenzado á crecer en las costas normandas, saber si realmente eran girondinos ó realistas.

Elbée fué al mar por Nantes, por la entrada del alto Loira, gran puerta de la Francia.

Esperaban con impaciencia las socorros de Inglaterra y sabían demasiado que nada recibirían si no aparecían fuertes sobre la costa, de suerte que pudieran ofrecer un puerto á los ingleses.

Al día siguiente de la insurrección los vendeanos imploraron el auxilio del extranjero.

El 6 de Abril Elbée y Lapinaud encargan á un tal Guerry de Tiffanges que pida pólvora á Noirmontier, y si no hay en Noirmontier que se empleen todos los medios para procurarla de España é Inglaterra.

El día 8 de Abril ya no es solo pólvora lo que se pide al extranjero si no hombres tambien: «Rogamos al comandante del primer puerto de Inglaterra que se interese con las demás autoridades inglesas para procurarnos municiones y gran número de tropas de tierra.—D'ELBEE, LAPINUD. Cuartel general de Saint-Fulgent.»

Desde otros puntos de la Vendée el caballero La Roche Saint-André escribe en una carta fechada el 8 de Abril: «Que los comités realistas han acordado pedir socorros á España.»

No tenemos duda respecto á que los vendeanos sino hombres han recibido dinero.

Pitt no quiso enviar hombres, pues temían el efecto que entre los vendeanos pudiera causar el uniforme rojo.

Entre todos reinaban malas inteligencias. Pitt creyó que la Vendée era girondina y la Convención creyó que Nantes era realista.

Pitt se obstinó en su idea. Sus mensajeros hacia fines de Agosto y Septiembre les decían: «Si sois realistas y si es realista el país dadnos un punto que facilite los desembarcos.»

Si los vendeanos hubiesen tomado á Nantes en realidad hubiesen sido los dueños de la situación. Tan grande acontecimiento los hubiera hecho dueños del mar, del Loira, de muchos departamentos, un verdadero reinado del Oeste. La Bretaña monárquica, hubiera secundado á la Bretaña girondina, y puede ser que la Normandía los hubiese seguido. Los ingleses llegaban entonces; pero como un útil accesorio, como auxiliares subordinados.

Estas son probablemente las razones que hizo prevalecer Elbée. Creía tener en Nantes grandes inteligencias y relaciones. El campesino conocía Nantes. Esta expedición fué para ellos más llamativa que ir á París.

París, aun siendo la capital de Francia, era desconocida para ellos. Su verdadero París era Nantes, la capital rica, la brillante población del comercio, de las colonias, el Perú, el Potosí de la imaginación vendeana.

La fácil toma de Augers, evacuada por los republicanos, la llegada del joven príncipe de Talmont al ejército vendeano, todo confirma el proyecto de éste de atacar á Nantes. Talmont, hijo segundo del duque de La Tremoville, poseía bienes inmensos en el Oeste, trescientas aldeas de un solo lado del Loira, y puede que otras tantas del otro. Los jefes vendeanos, la mayor parte vasallos de Talmont, alegráronse fieramente de tener un príncipe entre ellos. ¡Un príncipe! ¡Un obispo! ¿Teniendo todo esto que les faltaba, quien se les resistiría?

Sin embargo, para atacar á Nantes por todas partes era necesario que el ejército del Anjon fuese ayudado por la Vendée marítima, por hombres del Marais, por su principal jefe Charette.

Este tenía poco afecto á los nobles de la Vendée, pues siempre hablaban de él con menosprecio y hasta entonces le tuvieron simplemente por un jefe de bandidos, con lo cual se equivocaban mucho.

Quienes quieran conocer á fondo este singular personaje deben de leer primeramente nuestras antiguas historias de filisbuteros y cazadores brigantes, ó de los primeros colonos del Canadá que vivían con los salvajes y acababan siéndolo. Los salvajes les entregaban voluntariamente sus hijas para obtener miembros de esta raza de cazadores intrépidos que tenían la vida en el más alto grado de desprecio.

Nuestros compatriotas pasaban la mayor parte del tiempo en el

desierto haciendo bailar á los salvajes. Nuevo rasgo de semblanza con el ejército de Charette, donde se bailaba todas las noches.

Este ejército tenía mucho de banda de ladrones. Eran gente feroz. El combate, el baile, la misa, la orgía, todo se hacía al mismo tiempo.

Charette era un hombre delgado, alto y seco, muy ágil. Tenía entonces treinta años. Frecuentemente en los momentos de prisa salía por una reja. Tenía el pecho muy estrecho, se le hubiera creído tísico, una mano quemada en su infancia, ojos negros pequeños, penetrantes, alta la cabeza, la nariz arremangada, barba saliente y una boca que parecía un arco. La nariz y la boca le daban un aire de audacia, de resolución de bandido.

Lo que asombraba á los republicanos era ver colgada del cuello de este singular personaje una zapatilla negra con adornos de oro, recuerdo sin duda, de alguna dama y no sería ciertamente por su fidelidad, pues cambiaba todas las noches. Jamás hubo un hombre parecido. Las primeras mujeres de la región, las pobres muchachas de villorrio, todas le eran igual. Algunas damas lo seguían á caballo. Pasaban algunas noches con Charette y despues regresaban al lado de sus maridos, resignados y satisfechos de su amor hacia el altar y el trono.

Charette creía que era muy noble y se decía descendiente de ciertos Caretti del Piamonte. Sin embargo, los Charette eran conocidos. Uno de ellos fué muerto cuando ocurrió la cuestión de Chalotais. La madre de Charette era de Cevennes. Su padre fué oficial y otros dos Charette vivían en un barrio cerca de Uzés. Vieron en un balcón una vez á tres hermosas mujeres del Languedoc: «Deben ser nuestras esposas que nos esperan.» Subieron. De este capricho nació Charette en 1765.

En el 93 tenía 28 años. Era teniente de marina, había estado en muchas acciones de guerra; después presentó su dimisión y vivía en su pequeña residencia de Fontclause con una mujer rica y vieja con la que casó para arreglar sus asuntos.

Charette disputaba con los nobles. Estos ponían en duda sus títulos nobiliarios, poniéndole motes muy bajos. Además, decían que era muy cobarde. Y efectivamente, no hacía más que huir. Aguirrió sus r opas huyendo y haciéndolas huir.

Las fuerzas de Charette se batían por el botín, por el pillaje, pero Charette se batía por gusto.

Dejaba que cogieran lo que les viniera en gana. Incluso las guineas, que distribuías Charette con largueza. Ni tenía cama, ni mesa. Comía con sus oficiales y dormía como podía.

La Francia mató á Charette, pero después no le aborreció. ¿Por qué? Precisamente porque no tenía un pelo de hipócrita, no afectó fanatismo alguno, ni el del realismo tan común á aquella época. Estimaba poco á los emigrados y juzgaba perfectamente á los príncipes. Ellos no le perdonaron nunca su famosa carta al Pretendiente: «La cobardía

de vuestro hermano lo ha perdido todo.» Para los curas no tenía respeto y odiaba especialmente á los del ejército de Anjou. Un día el abate Bernier le preguntó por qué causa no se incorporaba al grueso del ejército, y Charette, que conocía los secretos galanteos del hipócrita intrigante: «Por vuestras costumbres.»

Todo el temor de las gentes de Charette era que éste desertase ó les abandonase para pasarse al enemigo, á la Vendée. Una vez tuvieron este temor se dispusieron á matarlo. Charette no perdió la serenidad.



CHARETTE.

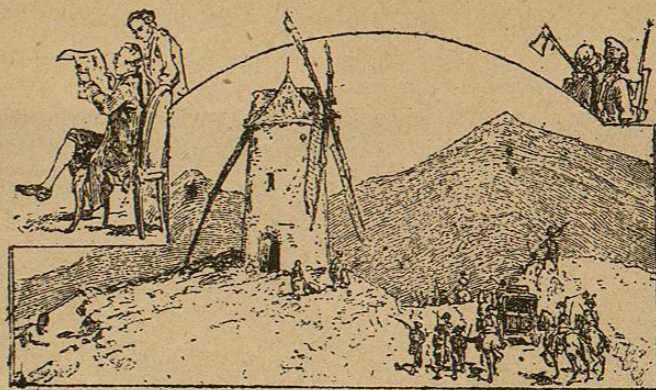
En realidad no tenía interés en entrar en relaciones con la devota Vendée. Cuando esta le propuso que cooperara al sitio acababa de tomar Machecoul, la puerta de Nantes y sintió deseos de tomar á Nantes, pero solo, no con los otros.

Nantes era Jerusalén, y las bandas de Charette deseaban llegar como fervientes adoradores de Cristo. Juzgaban á la población por los grandes servicios que les iba á proporcionar. por sus riquezas, por su botín, por su dinero. No se podían calcular los beneficios que adquirirían en aquella población que desde hacía dos siglos estaba en contacto con las islas. Los *bravi* de Charette entraban disfrazados y miraban con avidez, con codicia, despidiendo chispas sus miradas, los palacios

elegantes y serios, que sin tener el fausto de los de Burdeos, parecían encerrar todos los tesoros del mundo.

Sin embargo, Charette comprendió que incorporándose sus fuerzas á la Vendée, serían postergadas en el momento del reparto.

Y, sin embargo, coadyuvó al sitio por pura fórmula, por galantería, digámoslo así. La noche del 28 se encontraba sobre el puente Rousseau en la embocadura del río Sevres. Mientras enfilaba su batería la gente se entretuvo bailando y desde Nantes los artilleros parisienses lograron verlos como danzaban. Un cañonazo bastó para que murieran algunos bailarines.



CAPITULO VI

Sitio de Nantes

Noble hospitalidad de Nantes.—Generosidad vendeana.—Nantes pide socorro.—Anarquía del Ministerio de la Guerra.—Dificultad para la defensa de Nantes.—El alcalde Baco.—El hojalatero Marés.—El club Vicent-la-Montagne.—Celos de los girondinos.—Unión de los dos partidos.—Llegada de los vendeanos.—Los representantes y los militares creen que no pueden defenderse en la capital.—Muerte de Cathelineau.—Cambia el carácter de la guerra.

La defensa de Nantes era una cuestión de patriotismo y de humanidad. Era el asilo general de los fugitivos del Oeste, de pobres gentes que no osaban ya permanecer en los campos, que huían de sus casas abandonando sus bienes á los bandidos. Alrededor de Nantes parecía existir un mar de fuego y de sangre. Llegaban las familias despojadas, ensangrentadas, harapientas, llorando desesperadamente las mujeres la muerte violenta de sus maridos, de sus hijos.

Para todo este pueblo naufragado, el puerto de salvación era Nantes.

Conociendo los hechos debemos de rendir un sincero testimonio de cariño á los hombres del Oeste. Son economistas, generales. La antigua sencillez en las costumbres, la sobriedad habitual, la misma parsimonia, detalles esenciales de su carácter, les permite en las circunstancias más comprometidas proceder con reflexión, con grandeza heroica, con prodigalidad y munificencia.

Cuando se abre el corazón se abren las manos generosamente.

Nantes se convirtió en la casa de todos. La gran ciudad abrió al pequeño pueblo fugitivo de la guerra civil sus maternales brazos. Alquila edificios, llena sus desiertos conventos de sus legítimos habitantes, para quienes fueron fundados, los pobres.

Que una población como Valenciennes fuese tonada por los austriacos no era lo mismo que Nantes tomado por los vendeanos. El derecho